

fueran criados con ellos, para que tuvieran que servirse por sí mismos.

Poco tiempo llevaban de viajar los rebeldes, cuando supo el Rey que el mismo que los habia incitado á rebelarse habia salido con ellos, y sorprendiéndolos en el camino, despues de haberlos burlado, los habia cargado de grillos y cadenas, y así sujetos les hacia todo género de males.

En su bondad, el gran Rey se llenó de compasion al ver esto, y resolvió no solo perdonarlos, sino que fuesen librados de su penoso cautiverio. Tenia un hijo muy amado el Rey, que era tan bueno, tan poderoso y compasivo como su padre. Llamó el buen Rey á su hijo y le ordenó fuese á salvar á los míseros viajeros. El hijo, obedeciendo, al punto se puso en marcha, y llegado que hubo al lugar donde los viajeros estaban, con mil y mil sacrificios, sufriendo hambre y sed, sin tener donde reclinar su cabeza, á costa de su propia sangre los salvó, volviendo con ellos á la presencia de su Padre el Gran Rey.

Al verlos éste, les abrió los brazos y les dijo: «Todo os lo perdono por amor á mi Hijo que os ha redimido. Desde hoy seréis hermanos suyos: su palacio, que es el mismo mio, tambien será vuestro: disponed de mis tesoros. Yo soy vuestro Padre. Muy rico soy y generoso. Olvidaos de las penas de vuestro viaje. Sed felices á mi lado; sed dichosos plenamente y para siempre!»

¿Qué decís de tan buen Rey, niños queridos? ¿Quisiérais ser sus hijos? ¿Lo queréis de veras? Pues basta que lo queráis así, para que en verdad lo seais. ¿Habeis adivinado ya quién es ese Rey tan bueno, quién es su Hijo querido, y quiénes son los vasallos rebeldes é ingratos?

Los rebeldes somos nosotros, que contra nuestros primeros padres nos rebelamos contra el Señor en el Paraíso. Este mundo en que el demonio y las pasiones nos cargan de cadenas, es nuestro destierro. El Cielo, donde el Señor rodeado de poder y de majestad se manifiesta, es la patria, el palacio magnífico que nos espera. El Hijo del Gran Rey es Jesucristo, el Hijo de Dios mismo que vino á liberarnos; y Dios, omnipotente y misericordioso nuestro Padre y Creador, es el Gran Rey que nos cuida desde el Cielo.

Ya veis cuánto nos ama, y qué bueno es Dios! Que vuestros tiernos corazones jamás cesen de amarlo, ni vuestras inútiles lenguas cesen nunca de alabarlo.

J. DE J. CUEVAS.



## EL ANGEL DE LA GUARDA.

Á MI HIJO RAFAEL.

Niño inocente,	De mí te apartes,
Tierno pimpollo,	Bello tesoro!
A quien contempla	Ven á mis brazos
Con alborozo	Ven, y tus ojos
Tu dulce madre	Que alegres brillan
Jugar en torno:	Puros y hermosos
Hijo del alma,	Cual del sol mismo
Prenda que adoro,	Los rayos de oro
No así cruzando	Atentos miren
Ligero y pronto	El lindo rostro,
Cual cervatillo	Las blancas alas
Que huye medroso,	Los dulces ojos,
O cual las aguas	De este Angel bueno,
Del limpio arroyo,	Puro y gracioso